

# Las afueras

Luis Goytisolo

# Las afueras

Apéndices críticos de  
J. M. Castellet, Antonio Vilanova  
y J. A. Masoliver Ródenas



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* © Gonzalo Goytisoló

*Primera edición:* enero 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De «Paisajes después de la batalla», Juan Antonio Masoliver Ródenas, 2018

© Luis Goytisoló, 1958

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9849-1

Depósito Legal: B. 71-2018

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Passeig Sanllehy, 23  
08213 Polinyà

## I

Durante cierto trecho no era posible ver de la casa más que aquella torre asomando sobre los árboles del jardín, envuelta en viña virgen. Luego el camino doblaba en ángulo recto por el rastrojo y entonces aparecía el edificio entero. Quedaba a media colina, destacándose por encima de las dependencias, de los establos, cobertizos dorados y calientes al sol del mediodía. Era una construcción ochocentista, mezcla de masía y villa de recreo. Desde allí, desde el rastrojo, ofrecía el aspecto de siempre. Solo que ahora la chimenea no humeaba ni se oían voces ni ladridos y no había ropa blanca secándose al viento en los alambres tendidos sobre el pretil de la era.

Cuando Víctor apareció por el camino, unas cuantas golondrinas se desprendieron de los cables eléctricos y, al instante, como haciendo eco, otra nube de pájaros se alzó de las higueras con piar espantado. El portal estaba cerrado y las ventanas fulguraban al sol blanquecino. Aún allí podía escucharse el canto de las cigarras, monótono y constante como una emanación del rastrojo seco, de las colinas quietas y borrosas.

Se quitó la corbata y la dejó con la americana y el malecón en los peldaños del portal. Luego siguió por la era, cami-

nando despacio. Miraba los corrales ruinosos, los postes de los almiaros con un cazo en la punta y un mechón de paja a media altura, el estanque de aguas sombrías proyectando reflejos huidizos en los blancos muros del establo... El gallinero estaba vacío, salpicado de excrementos secos y sucios como grumos de serrín. Un soplo de aire agitaba los alambres arras-trando hasta allí el tibio aroma de las higueras.

Se metió en el cobertizo y encendió un cigarrillo al abrigo del viento. El lugar era oscuro y olía a forraje seco, a ladrillo caliente. Las avispas zumbaban entre las tejas. Poco a poco, en la penumbra se fueron precisando un altillo de madera, un pesebre carcomido, una rueda de carro sobre la paja pisoteada del suelo. Apagó la cerilla y la dejó caer, todavía humeando. Fue entonces cuando a su espalda sonaron unos pasos, ligeros y breves, apenas perceptibles.

Una niña le miraba desde la entrada. Iba descalza y tenía los cabellos lacios y rubios, casi blancos al sol polvoriento. Le miraba en silencio, lamiéndose los nudillos.

—Hola —dijo Víctor—. ¿No te acuerdas de mí?

Avanzó unos pasos. La niña se recostó contra el muro y sonrió, afirmando con la cabeza. Los ojos le relucían, casi cubiertos por el espeso flequillo.

—¿Cómo me llamo? Dilo... Vamos, que no te acuerdas. Yo, en cambio, sé que te llamas Dina. Me acuerdo de ti. ¿Lo ves? Y de tus padres y de tu abuelo.

La niña se encogió de hombros sin dejar de sonreír. Vestía un traje desteñido, casi transparente a fuerza de lavadas. Víctor le preguntó por su padre: «¿Dónde está?», dijo.

—No está —dijo ella.

Habló muy bajo, como para sí misma.

—¿No está? ¿Ha salido?

Y ella volvió a encogerse de hombros. Sonreía. Víctor dijo: «¿Y tu madre?» Y entonces ella extendió el brazo en un gesto vago.

—Allí.

«Vamos», dijo Víctor. La casa de los aparceros quedaba en la vertiente opuesta, a poco más de cien metros, oculta por las encinas. Un camino de carro se alargaba hasta allí, partiendo de los corrales, como una prolongación de la era. Las encinas se cerraban sobre el camino veteándolo de sombras movedizas. Por entre las hojas, el sol se filtraba en destellos cegadores. «¿Me dejas pasar con vosotros una temporada?», decía Víctor. La niña le precedía unos pasos con su andar breve y ligero, sin ruido, como el de un perro. Ahora volvía a escucharse el rac-rac de las cigarras sonando por todas partes.

La masía apareció cuando doblaron el recodo, al extremo del camino. De entre las encinas salió una mujer con un haz de leña bajo el brazo. Les aguardó a un lado del camino.

—¡Señorito Víctor! —dijo—. Cuánto tiempo...

Cambió los leños de brazo, descansándolos en la cadera, y se pasó la mano derecha por el delantal antes de tendérsela a Víctor.

—¿Qué hay, Claudina? —dijo Víctor—. ¿Cómo vamos?

La mujer aún debía de ser joven aunque fuera difícil asegurarlo. Tenía el físico estropeado, la cara seca, las manos fuertes y ásperas, de campesino. Reía, pero solo con la boca. «¿Y su señora?», preguntaba. Movía la cara a uno y otro lado, esquivando un cambiante rayo de sol.

—Bien —dijo Víctor—. Pero esta vez he venido yo solo. Comeré con ustedes y puedo dormir en cualquier habitación del piso bajo, en casa. Verá como apenas doy quehacer, Claudina... Sé arreglarme la cama.

—¡Oh, no! —dijo ella—. Dina le llevará la comida. Nosotros no estamos aquí de adorno.

El cabello lacio y negro le caía sobre la cara y ella lo recogía con gesto nervioso y veloz, como el de quien agarra un objeto al vuelo.

–Nada, que no, que estoy decidido, que lo prefiero, de verdad –dijo Víctor–. Permítame...

Hizo ademán de cargar con el haz. Claudina se apartó. «¡Oh, no! No faltaría más...» Víctor rió.

–Me está haciendo sentir con más años de los que tengo –dijo.

Caminaron hacia la masía. Sentado a la puerta había un viejo, en una silla con asiento de anea. Dos perros saltaron ladrando. Las gallinas corrían asustadas.

–¿Y Ciriac? ¿Y su padre? –preguntaba Víctor, alzando la voz para sobreponerse a los ladridos.

–¡Callad! –gritó Claudina a los perros–. ¿Mi padre? Ya lo ve, como siempre. De esta silla a la mesa, de la mesa a la silla, de la silla a la cama... No se entera de nada.

El viejo descansaba las manos en un bastón y la barbilla en las manos, algo inclinado hacia adelante. Al verles, pareció que asomara un reflejo a sus ojos apagados. Hizo como si fuera a incorporarse.

–¡No se levante, por favor! –dijo Víctor adelantándose–. Usted siempre tan valiente, ¿eh, Domingo?

–Le ha conocido –decía Claudina a su espalda–. Pues mire que es bien raro...

Ahora los perros gemían y olfateaban, aplastándose sumisos. Agachada entre los dos, Dina les abrazaba el cuello, les decía cosas en voz baja, mirando a Víctor a hurtadillas. El viejo sonreía; murmuró algo roncamente.

–Dice que conoció a su padre, a don Augusto. Que de niños habían jugado juntos.

El viejo asentía con la cabeza, los ojos divagadores. Habló de nuevo. «Juntos», se le entendió. Claudina dijo:

–Nosotros ya pensábamos que se habían olvidado de la finca; como no venían nunca... Preguntábamos al administrador. Están en Barcelona, están en Sitges, nos decía. Nunca en La Mata.

—Entonces no se queje si ahora me quedo una buena temporada —rió Víctor. Consultó el reloj—. Bien, es tarde, ¿no? Voy a cambiarme en un momento. Si el almuerzo está listo antes de que yo vuelva, empiecen sin mí. No me importa comer solo.

—No sé si le gustará el almuerzo, señorito. De haber avisado... Ya sabe lo que comemos...

—¡Oh, me gusta mucho!, no se preocupe. Si cuando niño me escapaba a comer con los jornaleros... Pregúntelo a su padre —dijo al marchar.

Y Claudina dijo:

—¿Quiere que le ayude a bajar las cosas del coche?

—Trabajo le costaría —gritó Víctor por encima del hombro—. He venido en tren.

«¿En tren?», dijo Claudina. Y eso mismo era lo que muchos comentaban en el pueblo. ¿Por qué? ¿Por qué en tren? Apenas se hablaba de otra cosa. «¿Por qué venir en tren teniendo coche?», decían. La Mata quedaba a más de una hora del pueblo y hasta allí, desde el ferrocarril de la costa, había otra media hora en autocar. La combinación era buena para los pobres, pero ¿por qué utilizarla teniendo coche?

Aunque La Mata ya no contaba para el pueblo como antes, seguía siendo La Mata, y aún ahora la gente continuaba utilizándola como término de comparación siempre que se quería expresar la magnitud de alguna cosa: «Es casi tan grande como La Mata», decían, y se consideraban afectados por cuanto en ella ocurriese. Además, todos conocían a Víctor, y cualquiera que pasase de su edad recordaba también a don Augusto. Pocos eran los viejos que no pudiesen decir: «Trabajé allí, labré aquella tierra en tiempos de don Augusto.» Y cuando Víctor era niño, sus únicos compañeros de juego fueron los niños del pueblo. Entonces no había escuela y los niños podían pasarse el día jugando. Guerreaban, plantaban maíz y legumbres en los claros del bosque, pequeños



huertos rigurosamente cuidados, se bañaban en las balsas, se iban al campo con los jornaleros haciendo como que ayudaban y bebían del porrón y comían zanahorias tumbados en los márgenes. Luego don Augusto metió a Víctor en un internado de Barcelona y, a partir de entonces, los demás chicos le vieron cada vez con menor frecuencia. «¡Ah!, don Augusto –decían los viejos–. Don Augusto era un señor de verdad.» Pero un día don Augusto también se fue y ya no volvió. Al acabar la guerra, la gente del pueblo supo que había muerto meses atrás en San Rafael, Francia, lugar que nadie conocía y que con el tiempo llegaron a confundir. «Murió en San Adrián», acabarían diciendo.

Y La Mata nunca volvió a ser lo que fue en otros tiempos. De las tierras en las que habían trabajado más de veinte jornaleros ahora se ocupaba una sola familia, más en calidad de guarda que de otra cosa, y el bosque y las zarzas fueron invadiendo los sembrados. Antes de casarse, Víctor hizo pequeñas reformas en la casa, como instalar un cuarto de baño color azul humo y modernizar la cocina. Pero contra lo que en un principio pudo esperarse de todo esto, una vez casado solo se acercó a La Mata muy de tarde en tarde. Eran visitas breves durante las cuales apenas se dejó ver por el pueblo. La gente decía que el negocio en que trabajaba era de su mujer, que casi todo era de su mujer, pues don Augusto había perdido mucho dinero en los últimos años. Y los viejos movían las cabezas, suspiraban. Ellos siempre lo dijeron, ah, si don Augusto les hubiese hecho caso... Mala tierra La Mata, mala tierra, estaba claro que no podía rendir. Ahora el bosque se la comía y solo en otoño la gente se llegaba hasta allí buscando setas, cazando.

Al cabo de un tiempo, empezó a decirse que Víctor y su mujer se llevaban mal. En realidad, todo se basaba en chismorreos, problemáticas historias difundidas por las chicas de servicio que el matrimonio se llevaba en sus cada vez más es-

paciadas visitas a la finca. Lo único cierto era que no tenían hijos. También era verdad que cuando se les veía juntos no daban la sensación de tratarse con particulares mimos, pero esto nada significaba ya que tales ocasiones fueron contadas, las pocas veces en que pararon en el pueblo a comprar algo. Ella era rubia, fina y altiva más que guapa. Se paseaba por la tienda con las manos en los bolsillos del abrigo, mirando los artículos, nunca a la gente. «Póngame esto y esto», decía. Víctor la seguía, pagaba, le abría la puerta y, al salir, contestaba al saludo general con aquel mirar agradecido, como el de quien debe algo. Ahora había pasado ya mucho tiempo desde la última vez que estuvieron en La Mata; nadie recordaba exactamente cuándo. Por esto era raro que, cuando al fin volviese, lo hiciera solo y de aquella forma. Y en el pueblo la gente comentaba: «¿Por qué venir solo y en tren si está casado y tiene coche?»

Era la época de la vendimia y en la estación había gente del pueblo facturando cajas de uva. Así es que le vieron aun antes de que saltase al andén, todavía parado en la plataforma de un vagón de tercera, mientras la locomotora se detenía poco a poco entre silbidos y chirriar de frenos. Parecía más flaco, envejecido, el cabello se le agrisaba en las sienas. Pero ¿qué había de raro en esto? Los años pasan hasta para los señores. Era él, no cabía duda. «Ha vuelto a La Mata –comentarían después–. Llegó esta mañana y no traía más equipaje que un maletín de lona.»

Fue uno de los últimos en salir de la estación. Cuando atravesaba la sala de espera le vieron hacerse a un lado para dejar paso a unos cuantos jóvenes que corrían hacia la taquilla atropellándose mutuamente. Una vez fuera, caminó pegado a la valla que separaba la calle del ferrocarril. La calzada se alargaba metida entre aquella valla y una soleada hilera de casas blancas. La valla estaba pintada de gris y los listones proyectaban su minucioso rayado sobre los adoquines. Por entre

los listones se veía el mar, azul y tranquilo tras la vía férrea, tras la playa blanca y desierta. El tren se puso nuevamente en marcha y el silbar del vapor y el girar de las ruedas apagaron los demás sonidos. Pasó atronador y oscuro a lo largo de la valla, vagón tras vagón, cada vez más rápido. Unos revueltos jirones de humo quedaron sobre la calle, ensombreciéndola, para luego desvanecerse como el vuelo de un pájaro. Y poco a poco, según el tren se alejaba, volvieron los sonidos familiares, una voz, el timbre de una bicicleta, el romper de las olas en la playa. Hacía buen sol y las gaviotas chillaban arremolinadas sobre la espuma. La playa era de arena muy fina y entre las pequeñas dunas crecían pitas y hierbajos. Junto a un bote volcado, dos perros se olfateaban excitadamente.

Los autocares aparcaban cerca de la estación, en una explanada vasta y polvorienta. El coche era grandote, desvencijado, parecía un dirigible. Cuando Víctor llegó ya estaba casi lleno, listo para marchar. Un chico disponía los bultos en el portaequipajes y el chófer aguardaba al pie de la escalerilla, mascando el cabo apagado de un cigarro.

—¿Salimos pronto? —oyeron preguntar a Víctor.

Luego subió al coche y buscó un asiento libre, inclinando la cabeza para no darse contra el techo. Allí todos hablaban a la vez, se conocían, mujeres batallando por acomodarse con sus niños, sus cestos, sus gallinas ligadas por las patas, algún matrimonio, algún viejo aproximadamente igual a cualquier otro. Por fin el chófer se puso al volante y arrancaron. Después, tierra adentro, la carretera bordeada de plátanos, el arroyo resbalando entre los chopos, los viñedos, algún pinar en lo alto de las lomas. La gente se fue callando poco a poco. Víctor miraba el paisaje. «Estaba a mi lado como quien dice —diría cada uno más tarde—. Miraba por la ventanilla y no paró de fumar hasta que llegamos al pueblo.»

Más que por sí misma, la noticia tenía interés como indicio de que detrás bien pudiera esconderse algún verdadero

acontecimiento. Luego, cuando se acostumbraron a la presencia de Víctor y el acontecimiento seguía sin aparecer por ninguna parte, la cosa perdió su interés y fue olvidada poco a poco, se desvaneció lo mismo que un soplo de humo. Fue la llegada de Víctor lo que había interesado, la forma en que lo hizo después de su prolongada ausencia. Y era un hecho tan simple que, al ocurrir, dio pie a toda clase de conjeturas. Los hombres trataron el asunto en el café, al volver del trabajo, y las mujeres, ah, las mujeres, ya casi habían agotado el tema para entonces. A lo largo del día tuvieron muchas ocasiones de verse, un encuentro en la tienda, una visita de la vecina, la tertulia a media tarde ante los portales, cada una ocupada en sus zurcidos, sus costuras, sus blancos encajes.

«Dime tú –decía una–. ¿Y la mujer? ¿Dónde está la mujer?» Reunían detalles, comparaban versiones, la charla fluía pausada y tranquila en el dorado atardecer, todas sentadas en corro haciendo conjeturas sin apartar la vista de sus agujas en movimiento. ¿Y el coche? ¿Y el trabajo? Alguna reía bajito. «El trabajo. ¿Pero tú crees que esta gente trabaja? Mirar cómo se trabaja, esto es lo que hacen.» Las demás asentían con la cabeza y alguien suspiraba: «Hacen cosas tan raras estos señores...» Luego oscureció y los pájaros cantaban al recogerse y los hombres volvían del campo. «Ah, La Mata –dijeron al enterarse–. Mal asunto La Mata, allá arriba tan lejos. Mejor sería llenarla de bosque.» Ellas lo explicaron todo. «Se sentó a mi lado. Y cuando llegamos, va y me ayuda a bajar los cestos.»

El autocar hacía su última parada en la plaza del pueblo, frente a la iglesia. La gente se había agrupado al pie de la escalerilla posterior. Con las caras contraídas por el sol, miraban al chico moverse allá arriba, entre los bultos del portaequipajes. «A ver... Aquel, aquel.» Sentados a la sombra oscura de los plátanos unos cuantos viejos contemplaban la escena sosegadamente, como adormilados. Víctor cruzó la plaza ca-

minando despacio. El sol pegaba fuerte ahora y las piedras y las tejas y los muros claros irradiaban una luz incolora que cegaba.

El Café Moderno estaba desierto. Después de aquel sol, entrar allí era como quitarse un peso de los hombros. Al otro lado de la barra, el dueño del local miraba a Víctor en silencio. Parecía aún más achaparrado así, quieto, dominando el mostrador con sus brazos abiertos, las grandes manos cerradas sobre el borde del mármol.

—Buenos días —dijo Víctor—. ¿Me pone un café?

El otro movió la cabeza afirmativamente, aun mirándole con aquellos ojos inexpresivos, fijos como el mondadientes que aguantaba entre los labios apretados. Luego se movió hacia la cafetera, al otro extremo del mostrador.

La sala era vasta y sombría, llena de veladores cuidadosamente ordenados entre finas columnas de hierro. Al fondo se veía una mesa de fútbol bastante maltrecha y otra de billar y una pequeña pizarra llena de cifras y abreviaturas. Sobre una repisa, casi tocando el techo, se alineaban varios trofeos, banderines, copas plateadas, todo cubierto de polvo. Los ventanales estaban abiertos y las persianas sueltas refrescaban el aire, recorridas por estrías movedizas, relampagueantes.

El dueño del local le había servido el café sin decir palabra. Ahora volvía a dominar la sala desde su sitio, quieto a media barra, afirmando en el mostrador sus brazos abiertos como si fuese a pronunciar un discurso. Por la vidriera de la puerta entraba un rayo de sol que, incidiendo en el mármol, daba a su cara una blancura luminosa. Justo detrás, sobre las botellas alineadas, un gran reloj circular sonaba ruidosamente.

Víctor probaba el café cuando se abrió la puerta, dando paso a un hombre corpulento y sanguíneo. Vestía una holgada sahariana azul, pantalones claros y sandalias. Se acodó en el mostrador, resoplando bajo los bigotes caídos y negros.

—¡Hola, Roig! A ver esa cerveza...